

Mesa del Dialogo sobre Derechos Humanos **Intervención del Obispo Neftalí Aravena**

7 de septiembre de 1999

Quiero en primer lugar valorar esta mesa de diálogo, por considerar que a través de ella podemos empezar a resolver los grandes problemas que nos aquejan como nación.

Debo agregar, que para mí es un privilegio estar representando a los evangélicos de mi país en esta mesa y nuestro aporte es a partir del Evangelio que es verdad, justicia, perdón y reconciliación. Acepté la invitación del señor ministro con temor y temblor, por considerar que es una gran responsabilidad y a la vez un gran desafío de contribuir con un grano de arena a la búsqueda de la verdad y la consiguiente reconciliación.

Me parece que el haber tenido que llegar a constituir esta mesa, se debe a que la transición no ha sido conducida con la transparencia que la ciudadanía esperaba, ya que no se ha hecho llegar la información claramente, y esto ha creado una gran desconfianza en la población. De allí que vengo con mucha esperanza a esta instancia por considerar que se está dando un gran paso para romper la desconfianza y empezar un camino nuevo de búsqueda de la verdad.

Hemos venido a participar de este diálogo por considerar que tenemos un problema como chilenos que enfrentar y resolver. Corriendo el riesgo de aventurar un juicio histórico, creo que nuestra generación ha tenido que vivir en los últimos treinta años momentos dramáticos. Chile que miraba el futuro con tanta esperanza durante nuestra juventud, llegó a ser el "laboratorio político" del mundo.

Casi todas las ideologías existentes en el siglo fueron importadas a nuestro país para tratar de imponerlas en nuestra nación, muchas veces sin ser deseadas por la gran mayoría de la población chilena. La lucha ideológica polarizó nuestra sociedad cada vez más, hasta que se llegó al quiebre de la institucionalidad.

Junto con esto, se instaló la violencia política, y llegó a ser un hecho de la vida diaria. Esto nos enseñó que cuando el debate democrático se derrumba, lo político muestra su lado oscuro. La tolerancia y la solidaridad que nos caracterizó, se terminó, y empezamos a sentir miedo, miedo porque el futuro se presentaba incierto, y muchos pensamos en ese momento que ni siquiera el hecho de ser todos chilenos, nacidos todos en una misma tierra, sería suficiente para lograr la paz y las buenas relaciones, para hacer progresar a nuestro sufrido país. En ese momento ocurrieron los días más difíciles en nuestra vida como república. El solo recordar estos hechos nos causa dolor,

de allí que, no quisiera que todo lo visto, oído y vivido en aquellos días volviera a suceder, por eso ruego a Dios para que nuestros nietos nunca tengan que vivir experiencias traumáticas como éstas.

En los años posteriores, los chilenos hemos conversado sobre muchas cosas, por ejemplo, ¿cómo vamos a desarrollar la vida económica del país? ¿cómo podemos constituir una base sólida para que Chile sea un país moderno? ¿cómo podemos tener una transición exitosa?. Pero no hemos resuelto mucho la crisis profunda que está dividiendo a nuestro país, ni la violencia que la acompaña. Para edificar es necesario antes sanear el espacio sobre el cual queremos comenzar de nuevo. (Efesios 2: 13 ss. "... Cristo es nuestra paz, de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación...").

Tengo la impresión que tenemos miedo de enfrentar este problema, pero si queremos solucionarlo tenemos que hacerlo, porque no, podemos seguir posponiendo esta situación.

Debemos reconocer que tenemos un duelo pendiente, el cual ha causado efectos muy negativos en nuestra sociedad. Por ejemplo, en lo psicológico, derivando en paranoia y lo maniaco, lo que produce odios y rencores, autojustificación, alienación y la incapacidad de tratar los unos con los otros. Pero es muy sabido que si no se establecen vínculos con el otro, la reconciliación o el encuentro no puede ocurrir. En vez de eso cada grupo queda congelado en el conflicto. Si queremos salir de esto pacíficamente, y con una posibilidad real de alcanzar un verdadero perdón y reconciliación tenemos que desarmar esta estructura de paranoia, de conflicto, y autodestrucción. Debemos, a la luz de los hechos de violencia política, verlos pública y honestamente. Hacer esto será muy doloroso especialmente en sus inicios, pero es necesario hacerlo para llegar a la verdad, perdón y la reconciliación.

Quiero colocar dos ejemplos, uno es el de Alemania Oriental después de la caída del muro de Berlín. La sociedad alemana tenía que decidir qué hacer con los archivos de la Stasi, la antigua policía secreta de la Alemania comunista. La Stasi mantuvo archivos sobre casi la totalidad de los ciudadanos de su país, los cuales fueron llenados con informes entregados por delatores quienes, muchas veces, fueron miembros de la familia de la persona sobre la que se informó. Algunos dijeron que los archivos debían ser destruidos, para que las familias no se separaran al confirmar la traición de alguno de sus parientes. Sin embargo, el valor de la verdad fue más fuerte, y los archivos fueron puestos a disposición de todos los ciudadanos. Esto causó momentos de mucho dolor dentro de la sociedad alemana pero la simple y continua existencia de esta información ha contribuido a la construcción de una nueva confianza entre ciudadanos y familia.

Algo semejante sucedió en Sudáfrica. La investigación duró más de dos años, con testimonios difundidos por televisión en vivo, es verdad que este fue un proceso doloroso para toda la población del país. Sin embargo, se

terminó con perdón otorgado en la inmensa mayoría de los casos considerados, resultados que no han sido cuestionados por los tribunales penales Sudafricanos.

Estos dos ejemplos nos muestran que el perdón y la reconciliación son posibles, cuando se construye teniendo como base la verdad, y todos los ciudadanos tienen acceso a ella. Creo que estos ejemplos son un posible camino a seguir. Esto nos desafía a reconstituir los hechos y diarios a conocer. Como dice el Evangelio de Juan 8: 32 "Conocerán la verdad, y la verdad los hará libres".

Quiero precisar lo que entiendo por hechos. Esto no significa una posición ideológica ni mucho menos polémica, no significa un discurso que busca poner toda la culpabilidad sobre el otro sector, y proclamar nuestra inocencia. Ni significa abogar por una interpretación sobre las causas históricas de lo sucedido en 1973. Significa que hay que comunicar toda la información, obtener la verdad de dónde están las personas desaparecidas, y otras violaciones de sus derechos fundamentales durante este tiempo. Recordando lo que dice el Evangelio de Juan (3: 21), "mas el que practica la verdad viene a la luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios". La verdad según los textos mencionados nos liberan de la carga que por mucho tiempo hemos guardado y nos da la posibilidad de volver a mirar de frente al otro.

Creo que es urgente comenzar este proceso ya que, estamos llegando al de la generación de quienes dirigieron las fuerzas armadas en el conflicto de la década del setenta en nuestro país y que son los que tienen conocimiento de primera mano de los hechos acontecidos, por lo tanto, si ellos no hablan ahora la tarea de la búsqueda de la verdad quedará inconclusa y será muy difícil recuperar las memorias y testimonios esenciales sobre los hechos de hace veinticinco años, así pasará el problema de los padres a sus hijos sin dejar constancia de lo necesario para establecer la verdad y abrir el camino a la reconciliación.

Por lo demás, el profeta Isaías (42: 3) , hablando del ministerio del siervo de Dios, decía "Por medio de la verdad traerá justicia", es decir, la verdad nos ayudará al encuentro de los unos con los otros.

Hay un principio escondido que exige la búsqueda de la verdad. Este es el que todas las personas tienen el mismo valor ante Dios, no importando su condición y estado. Este principio será la base de una unidad nacional real para el futuro, con mayor cohesión y unidad de propósito,

Como pastor, creo en la justicia divina entendiéndola en la perspectiva del Evangelio que es más que discernir entre culpables e inocentes. El fin último es llegar a encontrarse de nuevo y practicar el amor fraterno (1 Juan 3: 10 - 11). No sé lo que Dios nos depara para los años venideros pero si puedo decir que los chilenos no hemos tenido un mínimo de amor los unos con los otros en estos treinta años. Hemos buscado, cada uno, nuestra sesgada

visión de la justicia, hemos buscado una justicia sin misericordia, que nos ha dejado sin justicia global. No estoy diciendo que se anule la acción de la justicia, creo que ésta tiene que seguir adelante.

Es por eso que quiero terminar haciendo una invitación a esta mesa a que caminemos juntos en la búsqueda de la verdad, la reconciliación y justicia, que empecemos a confiar los unos en los otros reencontrándonos como nación y no sigamos perdiendo el tiempo ya que, éste no se puede recuperar. Ruego a Dios para que esta mesa de diálogo pueda encontrar un camino que nos conduzca a la reconciliación.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME:
<http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla.
(Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

